

Estatira pierde el color, pero no vacila en tomar á su vez la copa de la muerte y beberse el contenido. El rey del Ponto, dice, no tendrá que quejarse de Estatira.

Ahora tú, Berenice! exclama el eunuco, y alarga el cáliz mortal. Berenice, soberbia hasta en la agonía, se levanta: Decid á Mitridátes que Berenice prefiere la oscuridad de la sepultura á la vergüenza de ser esposa de un vencido; y en ademán sublime se echa á pechos la ponzoña.

Monima no quisiera concluir tan pronto su vida de amor y felicidad: Monima está llorando: El rey mi señor, exclama entre sollozos, se ha cansado de mis hechizos, cuando así me condena á muerte en mis floridos años? Si le quise vencedor, vencido le quiero más: á Mitridátes no le vencen el valor y la constancia; le vence la fortuna. Si él lo manda, moriré. Y empina el vaso preñado de otra tumba.

A Roxana y Estatira se les ha ido ya el color: pálidas como una nube sin rastro de luz, no tienen vida sino en los ojos, que los abren todavía grandes y negros como la noche. Medio recostadas en cojines de seda carmesí, el brazo gordo y blanco les sostiene la cabeza: el pelo suelto en madejas abundantes les medio encubre el pecho, y por los círculos de esos tirabuzones se están asomando los contornos del seno voluptuoso. Los labios, por lástima ó por malicia de la muerte, no han perdido aun la delicada rosa que ahora poco estaba ardiendo en vida de amor. La garganta se esponja y se deprime con el aliento que quiere arrancarse de una vez. El cuerpo está allí en graciosa postura, formando todo

junto la imágen más bella é interesante que se puede ofrecer á ojos humanos.

Berenice es una deidad moribunda. Monima, la más hermosa de todas, es envidia de la vida, codicia de la muerte. Oculto el rostro entre las manos, derrámasele la cabellera por delante, y se está allí como la estatua del dolor enamorada del mundo. Yendo horas y viniendo horas, todas murieron. No podrán los vencedores aprovecharse de esas cuatro mujeres, que son cuatro cadáveres incomparablemente hermosos, pero cadáveres*. El espíritu es el contrario de los sentidos; y con todo, cuerpo sin alma, cuerpo sin voluptuosidad. Neron, contemplando con ojos ávidos los miembros desnudos de su madre muerta á sus piés, pudiera darnos la desmentida; y más si Periandro, uno de los siete sabios, viene en su auxilio y nos pone de manifiesto lo excusado de la sangre y el alma para gozar de la hermosura. La legítima impiedad de este filósofo que en extraño delirio triunfa del cadáver de su mujer Melisa, es ejemplo tan raro como terrible del ímpetu de las pasiones. Cuenta la historia que en Egipto los sepultureros violaban de noche á las vírgenes que enterraban de día; por lo cual los legisladores dieron una ley que prohibía la inhumacion de las mujeres ántes de ochenta horas. La fantasía es en ocasiones suplente abominable de la realidad: el cuerpo muerto es nada: en esa nada han buscado algunos frenéticos el universo del placer,

* Todas murieron á veneno de orden de Mitridátes; mas debo confesar ingenuamente que así la descripción física como el temperamento de cada cual de esas beldades, ni lo que dicen moribundas, es histórico, sino obra mía de pura imaginación. Hago esta advertencia para que no digan que desquició la historia y la estrago con fantásticas exornaciones.

explayando las pasiones contra el orden de la naturaleza. Las estatuas de mármol de las divinidades femeninas que condecoraban los pórticos de Atenas y Corinto, amenudo eran manchadas con simiente humana: los enamorados de esos cuerpos sin vida acometian de noche á disfrutar con ellas deleites que rugian dolorosamente en las tinieblas y el silencio.

EPISODIO

EL OTRO MONASTICON

Como el suceso que voy á referir es verdadero en sustancia, será misericordia ocultar los nombres, bien así de la ciudad donde ocurrió, como de los personajes que actúan en él con violacion aterrante de las leyes divinas y humanas. Y para rehuir la enojosa inicial con que suele indicarse un pueblo ó un individuo, tomaré de la nada la denominacion de una ciudad perdida y muerta en el seno de los bosques del Nuevo Mundo. Entre las que los conquistadores fundaron con más fama de grandeza, recordando por ventura otras del antiguo continente, hallábanse Logroño y Zamora, sólo de nombre conocidas en nuestro siglo. Es fama que los aborígenes, saliendo á deshora de lo profundo de las selvas adonde se habian retirado, degollaron varones, viejos y niños, y cargaron con las mujeres á las impenetrables guaridas

de la barbarie. Logroño y Zamora fueron sepulcros desiertos donde el jaguar, la culebra y más fieros hijos de la naturaleza montaraz hallaron cómodo abrigo, mientras el chaparro salvaje iba dando paso á los árboles corpulentos que surgian al pié de las murallas y las bóvedas. Cuenta un viajero que habiéndose internado por los montes del Azuay con achaque de exploraciones, ó en busca del oro tentador de sus rios, echó de ver súbitamente ruinas de habitaciones entre la maleza, troncos enormes de torres, fragmentos de muralla de ladrillo colorado, arcos gigantescos y otras de estas. Si el miedo ó la realidad, no lo sabemos; el hecho es que él vió ó pensó que veia un salvaje de larga cabellera sentado de espaldas sobre un escombro. Huyó; y cuando volvió en compañía de muchos, nunca más pudo tomar el hilo de sus primeros pasos. No causaremos, pues, rubor sino á la nada, atribuyendo á una de estas ciudades difuntas lo que pasó en una muy viva y presente á los ojos del Nuevo Mundo.

En las naciones europeas la sociedad humana está dividida en tres clases, la principal ó noble, el estado llano y la plebe. El cruzamiento de las razas en la América del Sur ha dado origen á una intermedia entre el estado llano y la hez del pueblo; ésta es la mestiza, proveniente de enlaces de españoles con indios al principio, á la cual debemos adscribir tambien la que tiene su cuna en los amores de los castellanos con las negras transportadas de Africa. La hez del pueblo la componen los negros y los indios: éstos son, en realidad, la gente del gordillo: los mestizos por nada consentirian en per-

tenecer á esa clase ; ántes propenden á elevarse eslabonándose con familias que pican en aristócratas sin más que los bienes de fortuna, los cuales difícilmente acertarian á componerles un árbol genealógico. Los mestizos provenientes de la hibridacion entre españoles y aborígenes se llaman *cholos* en unas repúblicas, *huaches* en otras, *rotos* en estas, *léperos* en esas. El hecho es que esta casta cruzada ha beneficiado hábilmente el seno de la madre naturaleza, y provista de buen entendimiento, valor y audacia, se levanta á los primeros peldaños de la gradería social, sopalancando en la estolidez de los sedicentes nobles, escasos de fuerza moral é intelectual por falta de cruzamiento y de entronques mejoradores. Pero sucede que los mestizos, así como llegan á ser generales, obispos ó presidentes, ya no quieren ser *cholos* ni mulatos, y se dan maña en urdir genealogías de Béjar ó de Men Rodriguez de Sanabria. Las cholas que á fuerza de oro han dejado la bayeta, vienen á ser condesas ; y nadie mira más para abajo á las de su clase que estas señoras de á cinco en pua, sucediendo lo mismo con los mulatos y las mulatas, los zambos y las zambas, y toda esa caterva de mestizos que componen la mayoría de las repúblicas hispano-americanas. Sea de esto lo que fuere, de esta clase suelen salir beldades de carácter tan raro, que llaman por extremo la atencion de los viajeros curiosos y averiguadores. Una *bolsicona* de Quito, verbigracia, con su follado de bayetilla ó de paño de primera, ancho el ruedo, exigua la cintura ; follado que no se atreve á cubrirle el piececito primorosamente calzado con zapato de raso en chancleta, imágen es que Teniers hubiera tomado por modelo de sus mejores cuadros,

donde belleza y voluptuosidad se dan la mano y andan amenazando con poner fuego al mundo. Teresa de Jesus Alvinca, heroína de la presente relacion, era una de estas admirables bolsiconas ó mestizas acomodadas á trabucar el juicio á príncipes de Asturias y de Gales. Blanca, sumamente blanca, su mata de pelo semeja á el ala del cuervo, para usar el estilo de Ossian. Gorda es, sin parecerlo : sus mejillas están brotando sangre purísima : sus ojos alimentan ese fuego negro que enciende y consume las almas de los que caen en ellos, como en red que les tendieran los ángeles y los demonios coligados con un fin desconocido. Los labios, grosezuelos, parecen el boton de la granada : el seno prominente está echando de la camisa afuera dos globos de mármol ligeramente sonroseado : el brazo presenta una abundancia de elementos voluptuosos, que es delirio el contemplarlo bajo el hombro apretado por la manga corta. El zapato no le ciñe sino los dedos : el empeine del pié, rebosando de su pulida cárcel, ostenta un edema natural, que los ojos indiscretos se lo comen á bocados. El tobillo es cenceño ; mas á poco que la retrechera se entregue al manejo del follado, empezará á levantarse tal y tan blanca gordura, que la pantorrilla es ya un prodigio de salacidad inocente y delicada. Las manos son monas en esta Teresa de Jesus Alvinca : trabaja con la aguja en telas suaves : ni lava ni avienta el fuego ; no pueden estar echadas á perder por estos duros labores. Tiene diez y ocho años : empina el puchero : es honesta, de buenas costumbres ; ¿ qué maravilla si más de cuatro mancebos tienen por ella la cabeza á las once ? Muchos han pedido su mano ; á todos los desdeña :

gusta de la honradez y la cultiva : su madre adora en ella, y una y otra esperan en que Dios, premiando sus virtudes, les suba la fortuna.

Entre los enamorados de esta mestiza interesante andaba un clérigo llamado Joaquin Escudero, con tal pasión á cuestras, que bien hubiera bastado para que este galán de sacristía hubiese hecho pacto con el diablo, cual otro doctor Fausto. Dicen que las mujeres, cuando educación y cultura no gobiernan sus inclinaciones, propenden fatalmente á la cogulla y la sotana, con detrimento de la parte civil, para vergüenza de poetas y doctores. Si esto es así, malditos sean esos rivales de ropa talar, tan feos para nosotros, que tanta guerra nos hacen y tantos combates nos ganan con su cara monda y lironda, sus dientes amarillos, y esa humildad que es de decirles : Pobrecitos ! Pobrecitos? ellos nos compadecen, se rien de nosotros, cuando, debajo de mi manto al rey mato, van ofreciendo su alma al enemigo con fianza de la hipocresía, y nos quitan de la boca los más dulces pecados. ¿Es posible, hermosas, que os sintais flacas é indefensas ante un fantasma de esos, que entra como sombra del diablo, saludá en latin y se sienta por ahí metido en su sotana, como en funda de muerto? Rasa la quijada, enorme la boca, el collar le está ajustando que le da aspecto de ahorcado. ¿Cómo viene á suceder que este hijo de la noche tenga más ascendiente en vuestros corazones que un mozo de bel mirar, apuesto y denodado, que gasta sin miedo, acomete peligros, y ante las vuestras fermosuras cae de rodillas, para salir con un puntapié en la boca

del estómago? Si fuera verdad inconcusa que los clérigos nos llevan la delantera en esto de gollerías amorosas, muchos conozco que aun de viejos se ordenaran ; mas no siempre sucede lo propio ; y clérigos hay que, no de buenos, sino de tontos y desmañados, se han de ir con palma y guirnalda á los infiernos. Hum... dice por ahí un canónigo, mirando de soslayo á sus nueve hijos. Pero esto no hace á mi propósito, sino el clerizonte que estaba echando los bofes por mi Teresita de Jesus Alvinca. Esta no hizo caudal de ese amor eclesiástico : miéntras los expedientes del señor abad no violaron los límites de la seducción respetuosa, ella no le mostró sino desprecio ; mas cuando echó de ver que ese Tartufo de menor cuantía era capaz de todo, horror fué el suyo, y se dió á cerrarle las puertas y evitar su encuentro en iglesias y calles, porque desde léjos echaba ese hombre sobre ella un sobreamiento de perdición, que era como el hipo de la muerte. Cosa segura el ver ese fantasma á hito al pié de su ventana desde las siete de la noche, paseándose de largo á largo unas veces, otras inmóvil como el palo de escoba que las brujas plantan para bailar en torno.

Vivia esta mujer calle de Sanguña en la ciudad de Zamora. Dando la vuelta el año, he aquí que llega la cuaresma. Teresa de Jesus no habia echado por ese camino de insensibilidad y despego que se llama devotismo : religiosa de suyo, como toda mujer, cumplia con los preceptos de nuestra santa madre Iglesia, confesándose una vez al año, ayunando en tómporas y vigiliás, oyendo misa los domingos y días de guardar. Su madre le hizo presente que convendria hallarse para el juéves

santo en disposicion de recibir el Santísimo en la Capilla Mayor. Con quién quieres confesarte? le preguntó. Con el padre Oquendo, señora. Santo varon, dijo la madre: voy á verle. Al tercer dia Teresa de Jesus se llegaba humildemente á la reja. Despues de media hora de expontáneas deposiciones, « No pecas, dijo el fraile, si das vado á esos impulsos. » Sorprendida la penitente, respondió que no lo comprendia. No pecas: como tu espíritu se halle suspendido en la mano de Dios, no hace al caso que el cuerpo se rinda á sus necesidades. Ten cuidado de que el alma no reciba tacha de las cosas del mundo, y no hay para qué tirarles el freno á los sentidos. Doctrina es esta de santos doctores, hija, si alguna vez has oido la explicacion del quietismo, con vénia de la Santa Sede.

La muchacha, iluminada por la luz de su inocente ignorancia, se levantó y se fué, huyendo de la seduccion del sacerdote prevaricador que así enseñaba el vicio en la cátedra de la penitencia. Madre, le dijo á la suya, como hubo llegado á su casa, ese padre no es el padre Oquendo: le noté la voz fingida desde el principio, y al fin se ha hecho traicion hablándome en la suya propia y diciendo impiedades en el confesonario. La vieja, buena mujer, religiosa ademas, se puso á la sombra de un *per signum crucis* de marca mayor, exclamando: El enemigo, hija, el enemigo. Jesus me ampare! conque no fué el padre Oquendo?

A obra de seis meses de este acaecido, estaba dando golpe en la ciudad un extranjero que habia llegado, y con mano abierta cobraba crédito de munifico y galante. El era inglés, segun decia: blanco de rostro, rubio de

bigotes, la cabellera parecia hebras de oro, segun era fina y lisa; sino que algunos querian decir que hácia la raíz estaba un tanto oscura, como si lo demas fuera teñido. Este inglés gustó sobremanera de las mujeres y las costumbres de esa tierra: « Yu está risoluto, dijo, á mi casar y mi quedar Zamora. » Con esta premisa, dió en ir y venir por la calle de Sanguña, hasta cuando la casualidad y su industria le depararon la ocasion de meterse de hoz y de coz en casa de la bolsicona Teresa de Jesus Alvinca. En su media lengua, ó mas bien su lengua y media, se dió sus trazas para que comprendiesen que estaba enamorado hasta el meollo y queria casarse. El período de las cucamonas suele ser necesario para el descubrimiento del cariño; pero como á falta de pan buenas son tortas, dijo cuatro disparates en español ainglesado el rico breton, y pan pan, pidió la mano de la mestiza. Cuando las envidiosas y malsines á quienes la buena fortuna de la Teresita estaba quebrando los ojos le dieron á entender que era una *chola* ó gente de poco mas ó ménos: Importa poco, dijo el inglés: en Lóndres será condesa de Salisbúry, y la tratarán de *lady*. La madre de la muchacha se inclinó fuertemente á este matrimonio: de ménos juicio que Teresa Panza, ya se le hacia agua la boca de verse suegra de un lord de Inglaterra, aposentada en un palacio, y saliendo en coche con lacayos de librea. Su hija, por el contrario, experimentaba indecible repugnancia por esas bodas deslayadas, que sobre arrancarla de su país querido, la pondrian fuera de su genio y sus antecedentes. Deudos, amigas y entrometidas vinieron á la carga, y del inglés hubiera sido la niña, si el bruto,

olvidándose de todo, no saliera un día con alusiones á la escena del confesonario, y reconvencciones de haberle dejado allí como un bausan. El enemigo! madre, el enemigo! salió gritando la novia, en tanto que milord bajaba la grada de cuatro en cuatro escalones y se confundía entre la muchedumbre de un barrio populoso. En balde le echó la policía una brigada de ministriles y porquerones : el inglés, como el diablo, se hizo humo, sin que de él pudiera dar noticia ni el presbítero Joaquin Escudero.

Para reponerse de tamaño susto y grangear la protección divina, Teresa de Jesus se dió á visitar enfermos y hacer limosnas, que era una santidad verla salir al zaguan de su casa á socorrer en persona á los pordioseros que á ella acudian viérnes y sábados. Caritativa, siempre lo habia sido : ahora redobla esa virtud en via de dar gracias al Señor de que la hubiese librado de la red que le tendiera ese perverso. Una noche, como la lluvia menuda y constante estaba haciendo su ruido monótono, se oyó en la puerta de calle la voz cascada, afligida y muerta de hambre de un mendigo nocturno, de esos que llaman vergonzantes : la bolsicona saltó sobre su canasta de pan de trastrigo, y provista de una hogaza acudió á dar de comer al hambriento y de beber al sediento, segun que Dios lo manda. Hermano, dijo llegándose al vergonzante, coma esto, y ruegue por mí. Abalánzase el mendigo sobre ella como un rayo, tómalala, vuela, cual si llevara una corderilla en brazos. Al primer grito de la rapta, su madre estaba afuera ; y así corrió, se desgañitó y remolinó el barrio, que el lobo dejaba la presa á la segunda calle en medio de un gentío inmenso.

Al otro dia Teresa de Jesus Alvinca tomaba refugio en el monasterio de Santa Catalina, adonde acudian entonces las mujeres temporalmente por varios motivos de los suyos. El clérigo Joaquin Escudero, medio loco, se dió á rondar el convento por la noche, tirar piedras al tejado, cantar endechas amorosas, ó echar ululatos que bien llegaban á oídos de la reclusa. Una noche se despidió al son de la guitarra con unos versos en los cuales decia que Zamora no volveria á verle, y que se iba en demanda de la muerte á los lugares más apartados de la tierra. Una por una desapareció el clérigo : súpuse despues de algun tiempo que andaba por la república de Buenos Aires, y que de allí habia pasado en son de fuga al imperio del Brasil, por ciertos milagros que seria peor meneallos. La bolsicona, con esta fianza, salió del convento á porfía de su madre, á cuyo lado siguió su vida de mundo inocente, volviendo el juicio á cuanto mozo de su clase tenia la dicha de conocerla, y aun á pisaverdes de más suposicion, que de buena gana se hubieran aplebeyado por el amor de tan hermosa doncella.

Un año hubo transcurrido, cuando la madre de Teresa, volviendo un dia de la calle, encontró á su hija bañada en su propia sangre en medio cuarto, los vestidos arregados, cual si hubiera sido víctima de un crimen atroz. Por mordaza tenia en la boca un pañuelo la muchacha; otro hacia de esposas, pero muy holgadas. Viendo como muerta á su hija : Teresa! Teresa, hija de mi alma! Bondad del cielo, qué me sucede... Teresa abrió los ojos pesadamente, en los cuales la vergüenza dió un relámpago, y los volvió á cerrar.

Su madre miró por el pudor, hizo gente, interrogó á los vecinos, y le fué dicho que sólo un clérigo muy cabizbajo habia entrado durante su ausencia. La jóven no se levantó del suelo sino para ir á la cama : indignacion, dolor, desesperanza, estropeamiento físico, motivos fueron de enfermedad, y grave. Declaróse la fiebre, la calentura pasó á delirio : al séptimo dia, la malograda hermosura habia fallecido. Por quitarle de los ojos á la pobre mujer el espectáculo de su hija muerta, llevaron el difunto esa misma noche al cementerio de San Diego, donde fué sepultada en presencia de algunas lágrimas amigas. Al otro dia hubo gran escándalo entre los religiosos franciscos que estaban de guarnicion en dicha recoleta de San Diego : un cadáver fresco, fuera de su nicho, estaba por ahí tirado en tierra, el ataúd, roto, á un lado ; la mortaja al otro. Sorprendido por la aurora, el exhumador no habia tenido tiempo de dar al cuerpo una postura honesta ; dejólo allí como lo habia colocado para su satánico apetito ; le cortó los pechos á cercen, y huyó dejando aterrados á los muertos.

A los cinco años de este acaecido, el buque ballenero « Adamastor, » pescando en Spitsberg, naufragó cerca de la costa, por obra de una tempestad del equinoxio de primavera. Salvóse la tripulacion en parte nadando hácia tierra, ó impelidos por el viento sobre los restos de la nave ; aunque los más perecieron en las olas. La fragata « Victoria, » de la marina inglesa, vino á pasar á esa altura á los diez dias del naufragio : infiriendo de ciertas señales que algunos tripulantes pudieran haber salido á tierra, acostó á la más próxima, y vieron los

marinos ingleses, en efecto, algunos hombres tirados en la ribera como difuntos. No lo eran todavía : hambre, sed, frio les estaban consumiendo la vida ; pero no todos habian muerto. Recogidos por la fragata, fueron espiando los más á bordo, sin ser poderosos para soportar el alimento. Otros, de más vigorosa constitucion, cobraron fuerza y se salvaron. Uno llamó especialmente la atencion de los oficiales de la « Victoria : » era éste un marinero que en el delirio de la fiebre causada por las sustancias alimenticias, se revolcaba sobre cubierta, dando mordiscones terribles al pavimento, y exclamando en voz perturbada : « En vida y en muerte...! en vida y en muerte...! » Caia luégo en uno como paracismo ó fallecimiento temporario, y recobrándose, volvía á gritar : « Mia, mia! en vida y en muerte...! » Sus compañeros, repuestos un tanto, dijeron ser ese un marinero llamado Joaquin Jéres, que habia servido en la marina pescante por cinco años. Quedóse un dia el naufrago en gran paz y sosiego, como si descansara en el Señor, con la conciencia acrisolada por el arrepentimiento ; y levantando de improviso una voz clara y simpática, dijo para todos : Teresa de Jesus Alvinca, perdóname !

Antes de echar al agua el cadáver de Joaquin Jéres, los marineros de la « Victoria » le habian tomado del seno un saquito de seda que tenia suspenso al cuello : su contenido eran dos momias secas, negruscas, arrugadas, que harto parecian, á causa del pezon, haber sido pechos de mujer. Oh hermosura, funesto don del cielo ! ya lo dijo Sófoles.